

Esta es una pequeña muestra
del libro *Conocer a Dios*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2023 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

CONOCER
A
DIOS



J.I. PACKER

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#ConocerADios

Conocer a Dios (con guía de estudio)

J.I. Packer

© 2023 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Knowing God* © 1973 por J.I. Packer. Publicado por InterVarsity Press, Downers Grove, Illinois, con permiso de Hodder and Stoughton Limited, Londres. Guía de estudio © 1975 por InterVarsity Christian Fellowship en Estados Unidos. El texto fue adaptado al inglés estadounidense y rediseñado en 2018.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1986, 1999, 2015, por Biblica, Inc. Usada con permiso. Las citas bíblicas marcadas con la sigla NBV han sido tomadas de *La Nueva Biblia Viva* © 2006, 2008 por Biblica, Inc.; las marcadas con la sigla RV60, de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera* © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina y renovado © 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla BLHP, de *La Palabra, versión Hispanoamericana de Hoy* © 2010, por Sociedad Biblia de España; las marcadas con la sigla NBLA, de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* © 2010, por Tyndale House Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-01-0

SDG

Para Kit

CONTENIDO

Prefacio	xi
--------------------	----

PARTE UNO: CONOCE AL SEÑOR



1. El estudio de Dios	3
2. El pueblo que conoce a su Dios	13
3. Conocer y ser conocidos	23
4. El único Dios verdadero	35
5. Dios encarnado	45
6. Él dará testimonio	61

PARTE DOS: ¡CONTEMPLA A DIOS!



7. El Dios inmutable	73
8. La majestad de Dios	81
9. El único y sabio Dios	91
10. La sabiduría de Dios y la nuestra.	103
11. Tu Palabra es verdad	115
12. El amor de Dios	125
13. La gracia de Dios	137
14. Dios el Juez	149
15. La ira de Dios	159
16. Bondad y severidad	171
17. El Dios celoso	181

PARTE TRES: SI DIOS ES POR NOSOTROS



18. La esencia del evangelio	193
19. Hijos de Dios	217
20. Tú eres nuestro guía.	253
21. Estas pruebas interiores	269
22. La suficiencia de Dios	281
Prefacio (1975)	315
Prefacio (2005)	319
Guía de estudio	323
Índice de las Escrituras	355



PREFACIO

A sí como los payasos aspiran a representar el papel de Hamlet, yo he deseado escribir un tratado sobre Dios. Este libro, sin embargo, no lo es. Su extensión quizás pueda hacer pensar que intenta serlo, pero quien lo tome así saldrá defraudado. Más bien, se trata de una cadena de temas: una serie de pequeños estudios sobre grandes temas, la mayor parte de los cuales aparecieron primeramente en el *Evangelical Magazine* [*Revista Evangélica*]. En su origen constituían mensajes independientes, pero se presentan reunidos ahora porque parecen fusionarse en un solo mensaje acerca de Dios y de nuestra manera de vivir. Es su objetivo práctico el que explica tanto la selección como la omisión de temas y el modo en que son tratados.

En *A Preface to Christian Theology* [*Prefacio a la teología cristiana*], Juan Mackay ilustró dos tipos de interés en las cuestiones cristianas mediante personas sentadas en el balcón del piso alto de una casa española que observan el paso de la gente en la calle abajo. Los “balconeros” pueden oír lo que hablan los que pasan y pueden charlar con ellos; pueden comentar críticamente la forma en que caminan los transeúntes; o pueden también intercambiar ideas acerca de la calle, de la existencia misma de esta o de adónde conduce, lo que puede verse a lo largo de la misma, y así sucesivamente; pero son espectadores, y sus problemas son teóricos únicamente. Los que pasan, en cambio, enfrentan problemas que, aunque tienen su lado

teórico, son en esencia prácticos: problemas como “qué camino tomar” y “cómo hacer para llegar”, problemas que requieren no solo comprensión sino también decisión y acción. Tanto los balconeros como los viajeros pueden pensar sobre los mismos asuntos, pero sus problemas difieren. Así, por ejemplo, en relación con el *mal*, el problema del balconero es encontrar una explicación teórica de cómo conciliar el mal con la soberanía y la bondad de Dios, mientras que el problema del viajero es cómo vencer el mal y hacer que redunde en beneficio. De modo similar, en relación con el *pecado*, el balconero se pregunta si la pecaminosidad de la raza y la perversidad individual son realmente conceptos aceptables, mientras que el viajero, que conoce el pecado desde dentro, se pregunta qué esperanza hay de liberación. O tomemos el problema de la *Deidad*: mientras el balconero se está preguntando cómo es posible que un Dios pueda ser tres, qué clase de unidad pueden representar las tres, y cómo tres que hacen uno pueden ser personas, el viajero quiere saber cómo dar honor, y mostrar amor y confianza como corresponde, a las tres personas que están ahora mismo obrando juntas para sacarlo del pecado y llevarlo a la gloria. Y así podríamos seguir. Ahora bien, este es un libro para viajeros, y trata asuntos de viajeros.

La convicción que sustenta este libro es la siguiente: la ignorancia sobre Dios —ignorancia tanto de Sus caminos como de la práctica de la comunión con Él— está en la raíz de buena parte de la debilidad de la iglesia en la actualidad. Dos tendencias desafortunadas parecen haber producido esta situación.

La primera tendencia consiste en que *la mentalidad del cristiano se ha conformado al espíritu moderno*: el espíritu, es decir, que concibe grandes ideas sobre el hombre y solo deja lugar para ideas pequeñas en cuanto a Dios. La tendencia moderna en relación con Dios es la de mantenerlo a distancia, aunque Él no sea negado totalmente; y lo irónico está en que los cristianos modernos, preocupados por la conservación de prácticas religiosas en un mundo irreligioso, han permitido ellos mismos que Dios se haga remoto. Las personas con visión clara, al ver esto, se sienten tentadas a retirarse de las iglesias con una especie de disgusto, a fin de proseguir la búsqueda de Dios por su cuenta. Y no es posible culparlos del todo; porque la gente de iglesia que mira a Dios por el extremo opuesto del

telescopio, por así decirlo, de tal modo que queda reducido al tamaño de un pigmeo, no pueden menos que terminar siendo ellos mismos cristianos pigmeos; y naturalmente la gente con visión clara quiere algo mejor que esto. Más todavía, las ideas sobre la muerte, la eternidad, el juicio, la grandeza del alma y las consecuencias perdurables de las decisiones temporales están todas pasadas de moda para los modernos, y es triste comprobar que la iglesia cristiana, siguiendo la misma tendencia, en lugar de alzar su voz para recordar al mundo lo que está siendo olvidado, se ha acostumbrado a darle muy poco lugar a estos temas. Pero estas capitulaciones ante el espíritu moderno resultan suicidas en lo que respecta a la vida cristiana.

La segunda tendencia consiste en que *la mente cristiana ha sido perturbada por el escepticismo moderno*. Desde hace más de tres siglos la levadura naturalista de la perspectiva renacentista viene trabajando como un cáncer en el pensamiento occidental. Los arminianos y los deístas del siglo diecisiete, como los socinianos del siglo dieciséis, llegaron a negar, contra la teología de la Reforma, que el control que ejerce Dios sobre el mundo sea directo o completo, y en buena medida la teología, la filosofía y la ciencia se han combinado desde entonces para apoyar esta negación. Como resultado, la Biblia ha sido atacada intensamente, como ha ocurrido también con muchas de las posiciones fundamentales del cristianismo histórico. Los hechos fundamentales de la fe han sido puestos en tela de juicio. ¿Se encontró Dios con Israel en el Sinaí? ¿Fue Jesús algo más que un hombre muy espiritual? ¿Realmente acontecieron los milagros del evangelio? ¿No será el Jesús de los Evangelios una figura mayormente imaginaria?... y así sucesivamente. Pero esto no es todo. El escepticismo acerca de la revelación divina, como también acerca de los orígenes del cristianismo, ha dado lugar a un escepticismo más amplio que abandona toda idea de una unidad de la verdad, y con ello toda esperanza de un conocimiento humano unificado; de modo que en la actualidad se supone comúnmente que mis aprehensiones religiosas no tienen nada que ver con mi conocimiento científico de las cosas externas a mí mismo, por cuanto Dios no está “allá afuera” en el mundo, sino solamente “aquí adentro”, en mi psiquis. La incertidumbre y la confusión en cuanto a Dios que caracteriza a nuestra época es lo peor que hemos conocido desde que la teosofía gnóstica intentó tragarse al cristianismo en el segundo siglo.

Con frecuencia se dice hoy en día que la teología está más firme que nunca, y en términos de erudición académica y de la cantidad y calidad de los libros que se publican probablemente sea cierto; pero hace mucho que la teología no ha sido tan débil y tan torpe en su tarea básica de mantener a las iglesias dentro de las realidades del evangelio. Hace noventa años C. H. Spurgeon describió los vaivenes que ya veía entre los bautistas con relación a las Escrituras, la expiación y el destino humano, como una “cuesta abajo”. ¡Si Spurgeon pudiera analizar el pensamiento protestante acerca de Dios en la actualidad, supongo que hablaría de una “caída en picada”!

“Deténganse en los caminos y miren; pregunten por los senderos antiguos. Pregunten por el buen camino, y no se aparten de él. Así hallarán el descanso anhelado” (Jer 6:16). Esa es la invitación que este libro extiende también al lector. No se trata de una crítica de las sendas nuevas, excepto indirectamente, sino más bien de un sincero y directo llamado a recordar las antiguas, con el convencimiento de que “el buen camino” sigue siendo el que solía ser. No les pido a mis lectores que supongan que estoy muy seguro de lo que hablo. “Los que, como yo,” — escribió C. S. Lewis— “tienen una imaginación que va más allá de la obediencia, están expuestos a un justo castigo: fácilmente imaginamos poseer condiciones mucho más elevadas que las que realmente hemos alcanzado. Si describimos lo que hemos imaginado, podemos hacer que otros, como también nosotros mismos, crean que realmente hemos llegado tan alto” y de este modo engañarlos a ellos y engañarnos a nosotros mismos (*The Four Loves* [*Los cuatro amores*], Fontana, 128). Todos los que leen y escriben literatura devocional harían bien en reflexionar sobre las palabras de Lewis. Pero “Escrito está: ‘Creí, y por eso hablé’. Con ese mismo espíritu de fe también nosotros creemos, y por eso hablamos” (2Co 4:13). Y si lo que aquí se ha escrito ayuda a alguien en la forma en que las meditaciones que precedieron a su redacción me ayudaron a mí, la tarea habrá valido con creces la pena.

J.I.P.

Trinity College, Bristol, Inglaterra

PARTE UNO

An oval-shaped landscape image with a soft, hazy background. In the foreground, a dark silhouette of a hilltop features a cluster of buildings, including a prominent tower with a spire, surrounded by tall, thin cypress trees. The text "CONOCE AL SEÑOR" is overlaid in the center of the oval in a white, serif font with a subtle drop shadow.

CONOCE
AL SEÑOR

EL ESTUDIO DE DIOS

El 17 de enero de 1855 el pastor de New Park Street Chapel, Southwark, Inglaterra, inició su sermón matutino con las siguientes palabras:

Alguien ha dicho que “el estudio apropiado de la humanidad es el hombre”. No voy a negar este concepto, pero pienso que es igualmente cierto que el estudio apropiado para los elegidos de Dios es Dios mismo; el estudio apropiado para el cristiano es la Deidad. La ciencia más elevada, la especulación más encumbrada, la filosofía más vigorosa que puedan jamás ocupar la atención de un hijo de Dios, es el nombre, la naturaleza, la persona, la obra, los hechos y la existencia de ese gran Dios a quien llama Padre.

En la contemplación de la divinidad hay algo extraordinariamente beneficioso para la mente. Es un tema tan vasto que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; tan profundo, que nuestro orgullo se hunde en su infinitud. Cuando se trata de otros temas podemos abarcarlos y enfrentarlos; sentimos una especie de autosatisfacción al encararlos, y podemos seguir nuestro camino con el pensamiento: “Cuan sabio soy”. Pero cuando damos con esta ciencia por excelencia y descubrimos que nuestra plomada no puede sondear su profundidad, que nuestro ojo de

águila no puede percibir su altura, nos alejamos con el pensamiento de que el hombre vano quisiera ser sabio, pero es como el pollino salvaje; y con la solemne exclamación: “Soy un principiante, y nada sé”. Ningún tema de contemplación tenderá a humillar la mente en mayor medida que los pensamientos de Dios...

Pero si bien el tema *humilla* la mente, también la ensancha. El que con frecuencia piensa en Dios, tendrá una mente más amplia que el hombre que se afana simplemente por lo que le ofrece este mundo estrecho... El estudio más excelente para ensanchar el alma es la ciencia de Cristo y este crucificado, y el conocimiento de la deidad en la gloriosa Trinidad. Nada hay que desarrolle tanto el intelecto, que magnifique tanto el alma del hombre, como la investigación devota, sincera y continua del gran tema de la Deidad.

Además, a la vez que humilla y ensancha, este tema tiene un efecto eminentemente *consolador*. La contemplación de Cristo proporciona un bálsamo para toda herida; la meditación sobre el Padre proporciona descanso de toda aflicción; y en la influencia del Espíritu Santo hay bálsamo para todo mal. ¿Quieres librarte de tu dolor? ¿Quieres ahogar tus preocupaciones? Entonces ve y zambúllete en lo más profundo del mar de la Deidad; piérdete en su inmensidad; y saldrás de allí como si te levantas de un lecho de descanso, renovado y fortalecido. No conozco nada que sea tan consolador para el alma, que apacigüe las crecientes olas del dolor y la aflicción, que proporcione paz ante los vientos de las pruebas, como la ferviente reflexión sobre el tema de la Deidad. Ese es el tema que te invito a considerar esta mañana...

Las palabras que anteceden, dichas hace más de un siglo por C. H. Spurgeon (que en esa época, increíblemente, tenía solo veinte años de edad) eran ciertas entonces y siguen siéndolo hoy. Ellas constituyen un prefacio adecuado para una serie de estudios sobre la naturaleza y el carácter de Dios.

¿QUIÉN NECESITA LA TEOLOGÍA?

“Pero espera un momento” —dice alguien—, “contéstame esto: ¿Tiene sentido realmente nuestro viaje? Ya sabemos que en la época de Spurgeon a la gente le interesaba la teología, pero a mí me resulta aburrida. ¿Por qué vamos a dedicarle tiempo en el día de hoy al tipo de estudio que nos propones? ¿No te parece que el laico puede arreglárselas sin él? Después de todo, ¡estamos en el siglo veintiuno, no en el diecinueve!”

¡Es una pregunta válida!, pero creo que hay una respuesta convincente para la misma. Está claro que el interlocutor al que nos referimos supone que un estudio sobre la naturaleza y el carácter de Dios no es práctico ni relevante para la vida. Sin embargo, en realidad es el proyecto más práctico que cualquier persona puede encarar. El conocimiento acerca de Dios tiene una importancia crucial para el desarrollo de nuestra vida. Así como sería cruel trasladar a un aborigen del Amazonas directamente a Londres, depositarlo sin explicación alguna en la plaza de Trafalgar, y abandonarlo allí, sin conocimiento de la lengua inglesa ni de las costumbres inglesas, para que se desenvuelva por su cuenta, así también somos crueles contra nosotros mismos cuando intentamos vivir en este mundo sin conocimiento de ese Dios de quien es el mundo y que lo dirige. Para quienes no saben nada en cuanto a Dios, este mundo se torna un lugar extraño, absurdo y penoso, y la vida en él se hace desalentadora y desagradable. Descuida el estudio de Dios y te sentencias a ti mismo a transitar la vida dando tropezones y errando el camino como si tuvieras los ojos vendados, por así decirlo, sin el necesario sentido de dirección, y sin comprender lo que ocurre a tu alrededor. Es la manera segura de malgastar tu vida y perder tu alma.

Teniendo presente, pues, que el estudio de Dios es provechoso, nos preparamos para comenzar. Pero, ¿por dónde comenzar? Evidentemente tenemos que iniciar el estudio desde donde estamos. Sin embargo, eso significa adentrarse en una tormenta, pues la doctrina de Dios es hoy el centro de una tormenta. El denominado “debate sobre Dios”, con sus lemas tan alarmantes —“nuestra imagen de Dios debe desaparecer”; “Dios ha muerto”; “podemos cantar el credo pero no podemos decirlo”— se agita por todas partes. Se nos afirma que la fraseología cristiana, como la han practicado históricamente los creyentes, es una especie de disparate refinado, y que el conocimiento de Dios está en realidad vacío de contenido.

Los esquemas de enseñanza que profesan tal conocimiento se catalogan de anticuados y se descartan: “el calvinismo”, “el fundamentalismo”, “el escolasticismo protestante”, “la vieja ortodoxia”. ¿Qué debemos hacer? Si postergamos el viaje hasta que haya pasado la tormenta, quizá nunca lo comencemos.

Yo propongo lo siguiente. El lector recordará la forma en que el peregrino de Bunyan, cuando su esposa y sus hijos lo llamaban para que abandonara el viaje que estaba iniciando, se tapó los oídos y siguió corriendo, exclamando: “¡Vida, vida, vida eterna!”. Yo le pido al lector que por un momento se tape los oídos para no escuchar a los que le dicen que no hay camino que lleve al conocimiento de Dios, y que inicie el viaje conmigo para ver por sí mismo. Después de todo, solo el que comienza a andar conoce el camino. Y el caminante no se molestará si escucha a los que nunca han transitado por ahí diciendo que no existe tal camino.

Con tormenta o no, por lo tanto, nosotros vamos a comenzar. Sin embargo, ¿cómo trazamos la ruta que debemos seguir?

La ruta la determinarán cinco afirmaciones básicas, cinco principios fundamentales relativos al conocimiento acerca de Dios que sostienen los cristianos. Son estos:

1. Dios ha hablado al hombre, y la Biblia es Su Palabra, la que nos ha sido dada para abrir nuestro entendimiento a la salvación.
2. Dios es Señor y Rey sobre Su mundo; gobierna por sobre todas las cosas para Su gloria, demostrando Sus perfecciones en todo lo que hace, a fin de que tanto hombres como ángeles le rindan adoración y alabanza.
3. Dios es Salvador, activo en Su amor soberano mediante el Señor Jesucristo, con el propósito de rescatar a los creyentes de la culpa y el poder del pecado, para adoptarlos como hijos y bendecirlos como tales.
4. Dios es trino y uno; en la Deidad hay tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; y en la obra de salvación las tres personas actúan unidas, el Padre proyectando la salvación, el Hijo realizándola, y el Espíritu aplicándola.
5. La santidad consiste en responder a la revelación de Dios con confianza y obediencia, fe y adoración, oración y alabanza, sujeción y

servicio. La vida debe verse y vivirse a la luz de la Palabra de Dios. Esto, y nada menos que esto, constituye la verdadera religión.

A la luz de estas verdades generales y básicas, examinaremos a continuación lo que nos muestra la Biblia sobre la naturaleza y el carácter del Dios del que hemos estado hablando. Nos hallamos en la posición de viajeros que, luego de observar una gran montaña a la distancia, de rodearla y de comprobar que domina todo el panorama y que determina la configuración del paisaje que la rodea, se dirigen hacia ella con la intención de escalarla.

LOS TEMAS BÁSICOS

¿Qué implica el ascenso? ¿Cuáles son los temas que nos ocuparán?

Tendremos que estudiar la *Deidad* de Dios, las cualidades de la Deidad que separan a Dios de los seres humanos y determinan la diferencia y la distancia que existen entre el Creador y Sus criaturas, cualidades tales como Su existencia autónoma, Su infinitud, Su eternidad, Su inmutabilidad. Tendremos que considerar los *poderes* de Dios: Su omnisciencia, Su omnipresencia, Su carácter todopoderoso. Tendremos que referirnos a las *perfecciones* de Dios, los aspectos de Su carácter moral que se manifiestan en Sus palabras y en Sus obras: Su santidad, Su amor y misericordia, Su veracidad, Su fidelidad, Su bondad, Su paciencia, Su justicia. Tendremos que tomar nota de lo que le agrada, lo que le ofende, lo que despierta Su ira, lo que le da satisfacción y gozo.

Para muchos de nosotros, estos son temas poco conocidos. No lo fueron siempre para el pueblo de Dios. Hubo un tiempo en que el tema de los atributos de Dios (como se les conoce) revestía tal importancia que se incluía en el catecismo que todos los niños de las iglesias debían aprender y que todo miembro adulto debía conocer. Así, a la cuarta pregunta en el Catecismo Menor de Westminster: “¿Qué es Dios?”, la respuesta dice lo siguiente: “Dios es un Espíritu, infinito, eterno e inmutable en Su ser, sabiduría, poder, santidad, bondad, justicia y verdad”, afirmación que el gran Charles Hodge describió como “probablemente la mejor definición de Dios que jamás haya escrito el hombre”.

Pocos son los niños de hoy en día, no obstante, que estudian el Catecismo Menor de Westminster, y pocos son los fieles modernos que habrán escuchado una serie de sermones sobre el carácter de la divinidad parecidos a los voluminosos *Discourses on the Existence and Attributes of God* [*Discursos sobre la existencia y los atributos de Dios*] de Charnock dados en 1682. Igualmente, son pocos los que habrán leído algo sencillo y directo sobre la naturaleza de Dios, por cuanto es poco lo que se ha escrito sobre Él últimamente. Por lo tanto, debemos suponer que una exploración de los temas mencionados nos proporcionará muchos elementos nuevos para la meditación, y muchas ideas nuevas para considerar y digerir.

EL CONOCIMIENTO APLICADO

Por esta misma razón debemos detenernos, antes de comenzar el ascenso de la montaña, para hacernos algunas preguntas sumamente importantes; preguntas que, por cierto, siempre deberíamos hacernos cada vez que comenzamos cualquier tipo de estudio del santo libro de Dios. Las preguntas se relacionan con nuestras propias motivaciones e intenciones como estudiantes. Necesitamos preguntarnos: ¿cuál es mi objetivo y fin primordial al ocupar mi mente en estas cosas? ¿Qué pretendo *hacer* con mi conocimiento sobre Dios, una vez que lo tenga? Porque el hecho que tenemos que enfrentar es el siguiente: si buscamos el conocimiento teológico por lo que es en sí mismo, terminará por resultarnos contraproducente. Nos hará orgullosos y enreídos. La misma grandeza del tema nos intoxicará, y llegaremos a considerarnos superiores a los demás cristianos por nuestro interés en él y nuestra comprensión del mismo; y miraremos con desprecio a aquellos cuyas ideas teológicas nos parezcan toscas e inadecuadas y los desecharemos como elementos de poco valor. Porque como les dijo Pablo a los ensoberbecidos corintios: “El conocimiento envanece... El que cree que sabe algo, todavía no sabe como debiera saber” (1Co 8:1-2). Si adquirir conocimientos teológicos es un fin en sí mismo, si estudiar la Biblia no representa un motivo más elevado que el deseo de saber todas las respuestas, entonces nos veremos encaminados directamente a un estado de enreimiento y autoengaño. Debemos cuidar nuestro corazón a fin de no abrigar una actitud similar, y orar para que ello no ocurra. Como ya hemos visto, no puede haber salud espiritual sin conocimiento doctrinal;

pero también es cierto que no puede haber salud espiritual *con* este conocimiento si se lo procura con fines errados y se lo estima con valores equivocados. En esta forma el estudio doctrinal puede realmente tornarse peligroso para la vida espiritual, y nosotros hoy en día, en igual medida que los corintios de la antigüedad, tenemos que estar en guardia a fin de evitar este peligro.

Sin embargo, alguien dirá, ¿acaso no es un hecho que el amor a la verdad revelada de Dios, y un deseo de saber todo lo que se pueda, es lo más lógico y natural para toda persona que haya nacido de nuevo? ¿Qué nos dice el Salmo 119? “¡Enseñame tus decretos!”; “Ábreme los ojos, para que contemple las maravillas de tu ley”; “¡Cuánto amo yo tu ley!”, “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! ¡Son más dulces que la miel a mi boca!”; “dame entendimiento y llegaré a conocer tus estatutos” (Sal 119:12, 18, 97, 103, 125). ¿Acaso no anhela todo hijo de Dios, junto con el salmista, saber todo lo que pueda acerca de su Padre celestial? ¿Acaso no es el hecho de que recibieron el amor de la verdad una prueba de que han nacido de nuevo? (ver 2Ts 2:10). ¿Y acaso no está bien procurar satisfacer en la mayor medida posible este anhelo dado por Dios mismo?

Por supuesto, sí lo es. Pero si miramos de nuevo lo que dice el Salmo 119, veremos que lo que anhelaba el salmista era adquirir un conocimiento no teórico sino práctico acerca de Dios. Su anhelo supremo era conocer a Dios mismo y deleitarse en Él, y valorar el conocimiento de Dios simplemente como un medio para ese fin. Quería entender las verdades divinas con el fin de que su corazón pudiera responder a ellas y que su vida fuera conformada a las mismas. Observamos lo que se destaca en los versículos iniciales: “Dichosos los que van por caminos perfectos, los que *andan conforme a la ley del Señor*. Dichosos los que *guardan sus estatutos y de todo corazón lo buscan...* ¡Cuánto deseo afirmar mis caminos para *cumplir tus decretos!*” (Sal 119:1, 2, 5). Le interesaban la verdad y la ortodoxia, la enseñanza bíblica y la teología, pero no como fines en sí mismos sino como medios para lograr las verdaderas metas de la vida y la santidad. Su preocupación central era acerca del conocimiento y el servicio del gran Dios cuya verdad procuraba entender.

Esta debe ser también nuestra actitud. Nuestra meta al estudiar la Deidad debe ser la de conocer mejor a Dios mismo. Debe interesarnos

ampliar el grado de acercamiento no solo a la doctrina de los atributos de Dios, sino al Dios vivo que los despliega. Así como Él es el tema de nuestro estudio, y quien nos ayuda en ello, también debe ser el fin del mismo. Debemos procurar que el estudio de Dios nos lleve más cerca de Él. Con este fin se dio la revelación, y es a este fin que debemos aplicarla.

MEDITANDO SOBRE LA VERDAD

¿Cómo debemos lograr esto? ¿Cómo podemos transformar el conocimiento *acerca* de Dios en conocimiento *de* Dios? La regla para llegar a ello es exigente, pero simple. Consiste en que transformemos todo lo que aprendamos *acerca* de Dios en tema de meditación *delante* de Dios, seguido de oración y alabanza *a* Dios.

Quizás tengamos alguna idea acerca de lo que es la oración, pero ninguna en cuanto a lo que es la meditación. Es fácil que así sea ya que la meditación es un arte que se ha perdido el día de hoy, y los creyentes sufren gravemente cuando ignoran esta práctica. La meditación es la actividad que consiste en recordar, pensar y reflexionar sobre todo lo que uno sabe acerca de las obras, el proceder, los propósitos y las promesas de Dios, aplicando todo a uno mismo. Es la actividad del pensar consagrado, que se realiza conscientemente en la presencia de Dios, a la vista de Dios, con la ayuda de Dios, y como medio de comunión con Dios. Tiene como fin aclarar la visión mental y espiritual que tenemos de Dios y permitir que la verdad de la misma haga un impacto pleno y apropiado sobre la mente y el corazón. Se trata de un modo de hablar consigo mismo sobre Dios y uno mismo; más aun, con frecuencia consiste en discutir con uno mismo, a fin de librarse de un espíritu de duda, de incredulidad, para adquirir una clara aprehensión del poder y la gracia de Dios.

Su efecto es siempre humillarnos, al contemplar la grandeza y la gloria de Dios, y nuestra propia pequeñez y pecaminosidad, así como también alentarnos y consolarnos —“confortarnos”, en el antiguo y sólido sentido bíblico de la palabra— mientras contemplamos las inescrutables riquezas de la misericordia divina desplegadas en el Señor Jesucristo. Estos son los puntos que destaca Spurgeon en el párrafo de su sermón citado al comienzo de este capítulo, y son reales y verdaderos. En la medida en que vamos profundizando más y más esta experiencia de ser humillados y exaltados,

aumenta nuestro conocimiento de Dios, y con él la paz, la fortaleza y el gozo. Que Dios nos ayude, entonces, a usar nuestro conocimiento acerca de Él, para que todos podamos en verdad “conocer al Señor”.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Conocer a Dios*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2023 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!